

COLECCIÓN DE ENSAYO POLÍTICO  
INSTITUTO JUAN DE MARIANA – VALUE SCHOOL – DEUSTO

---

**JUAN DE MARIANA**

# DEL REY Y DE LA INSTITUCIÓN REAL



INSTITUTO  
JUAN DE MARIANA



DEUSTO

# **Del Rey y de la institución real**

**JUAN DE MARIANA**



EDICIONES DEUSTO

Esta edición está basada en el texto publicado en la Biblioteca de Autores Españoles Tomo XXXI dedicado a las Obras del Padre Juan de Mariana (Ediciones Atlas, Madrid, 1950).

Esta versión ha respetado el estilo gramatical del español áurico (s. xv-xvii), propio de este período, y sólo se ha adaptado la acentuación vigente de la RAE.

© Editorial Planeta, S.A., 2018

© de esta edición: Centro de Libros PAFP, SLU., Instituto Juan de Mariana y Value School, S.L., 2018

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAFP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-234-2956-1

Depósito legal: B. 24.206-2018

Primera edición: noviembre de 2018

Preimpresión: gama sl

Impreso por XXXX

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

## Sumario

---

|  |     |
|--|-----|
| <b>LIBRO PRIMERO</b> .....   | 11  |
| Prólogo dirigido a Felipe III, rey católico<br>de España .....                     | 13  |
| Capítulo I. El hombre es por su naturaleza animal<br>sociable .....                | 29  |
| Capítulo II. Entre todas las formas de gobierno<br>es preferible la monarquía..... | 36  |
| Capítulo III. ¿Debe ser la monarquía hereditaria?...                               | 49  |
| Capítulo IV. De la sucesión real entre los agnados ...                             | 62  |
| Capítulo V. Diferencia entre el rey y el tirano.....                               | 70  |
| Capítulo VI. ¿Es lícito matar al tirano? .....                                     | 80  |
| Capítulo VII. Si es lícito envenenar a un tirano .....                             | 96  |
| Capítulo VIII. ¿Es mayor el poder del rey,<br>o el de la república? .....          | 103 |
| Capítulo IX. El príncipe no está dispensado<br>de guardar las leyes .....          | 117 |

|  |            |
|--|------------|
| Capítulo X. El príncipe no puede legislar<br>en materias de religión .....                                       | 126        |
| <b>LIBRO SEGUNDO.....</b>  | <b>145</b> |
| Capítulo I. De la educación de los niños .....   | 147        |
| Capítulo II. De las nodrizas .....   | 162        |
| Capítulo III. De la primera educación del<br>príncipe .....  | 170        |
| Capítulo IV. Del porte exterior del rey, es decir,<br>de la regla que debe guardar en comer y en<br>vestir ..... | 180        |
| Capítulo V. Del ejercicio del cuerpo .....   | 187        |
| Capítulo VI. De las letras .....   | 194        |
| Capítulo VII. De la música .....   | 203        |
| Capítulo VIII. De otras artes .....  | 211        |
| Capítulo IX. De los compañeros .....   | 222        |
| Capítulo X. De la mentira.....   | 233        |
| Capítulo XI. De los aduladores .....   | 242        |
| Capítulo XII. De las demás virtudes del príncipe ....  | 254        |
| Capítulo XIII. De la gloria.....   | 265        |
| Capítulo XIV. De la religión .....   | 282        |
| <b>LIBRO TERCERO .....</b>   | <b>295</b> |
| Capítulo I. De los magistrados .....   | 297        |
| Capítulo II. De los obispos.....   | 310        |
| Capítulo III. Si los hombres malos deben ser<br>completamente excluidos de los cargos<br>del Estado.....         | 322        |
| Capítulo IV. De los honores y premios en general ....  | 330        |
| Capítulo V. Del arte militar .....   | 339        |

|   |     |
|---|-----|
| Capítulo VI. El príncipe debe hacer la guerra por<br>sí mismo .....                     | 350 |
| Capítulo VII. De los tributos .....   | 362 |
| Capítulo VIII. De los víveres.....  | 371 |
| Capítulo IX. De los edificios.....  | 377 |
| Capítulo X. De los juicios.....   | 391 |
| Capítulo XI. De la justicia.....  | 401 |
| Capítulo XII. De la lealtad.....  | 416 |
| Capítulo XIII. De los pobres .....  | 424 |
| Capítulo XIV. De la prudencia.....  | 431 |
| Capítulo XV. No es verdad que pueda haber en una<br>sola nación muchas religiones ..... | 451 |

## Capítulo I

---

### **El hombre es por su naturaleza animal sociable**

En un principio los hombres como las fieras andaban errantes por el mundo; ni tenían hogar fijo, ni pensaban más que en conservar la vida y obedecer al agradable instinto de procrear y de educar la prole. Ni había leyes que les obligasen ni jefes que les mandasen; sólo si por cierto impulso de la naturaleza tributaba cada familia el mayor respeto al que por su edad parecía tener sobre todos una decidida preferencia. Verdad es que a medida que iban los hombres aumentando en número, iban presentando, aunque vaga y rudamente las formas de la sociedad, o por mejor decir, de un pueblo. Faltaba el jefe de la familia, bien fuese el abuelo, bien el padre, e hijos y nietos se distribuían en diversos grupos, convirtiendo en muchas una sola aldea.

Vivían entonces los hombres tranquilamente y sin ningún grave cuidado; contentos pues con poco, apagaban el hambre con la leche de sus ganados y los frutos que daban

de si los árboles silvestres, la sed con el agua de los arroyos y demás corrientes. Defendíanse con la piel de los animales contra los rigores del calor y el frío; se entregaban dulcemente al sueño bajo la sombra de frondosos árboles, preparaban agrestes convites, jugaba cada cual con sus iguales, divertían el tiempo en familiares y amistosas pláticas. No había entre ellos lugar al fraude ni a la mentira, no había entre ellos poderosos cuyos umbrales conviniese saludar ni cuyas opiniones seguir para adularles; no había cuestiones de términos, no había guerras que fuesen a perturbar el curso de su tranquila vida. La insaciable y sórdida avaricia no había aún interceptado y acaparado para sí los beneficios de la naturaleza; antes, como dice el poeta:

*Mallebant tenui contenti vivere cultu:  
Me signare quidem, aut partiri limite campum  
Fas erat,*

bienes con los que hubieran podido igualar en felicidad y convidar hasta los que habitaban en el cielo, si no hubiesen carecido por otra parte de cosas necesarias y la debilidad del cuerpo no les hubiese hecho tan sensibles a las impresiones del aire y a otras inclemencias.

Sabía empero Dios, creador y padre del género humano, que no hay cosa como la amistad y la caridad mutua entre los hombres, y que para excitarlas era preciso reunirlos en un solo lugar y bajo el imperio de unas mismas leyes. Hábiales concedido ya la facultad de hablar para que pudiesen asociarse y comunicarse sus pensamientos, cosa que ya de por sí fomenta mucho el amor mutuo; y para



más obligarlos a querer lo que estaba ya en sus facultades, les creó sujetos a necesidades y expuestos a muchos males y peligros, para satisfacer y obviar los cuales fuese indispensable la concurrencia de la fuerza y habilidad de muchos. Dio a los demás animales con qué comiesen y se cubriesen contra la intemperie; armó a los unos de cuernos, dientes y uñas para que pudieran rechazar los ataques exteriores; dotó a los otros de ligeros pies para que les fuese fácil salvarse de inminentes riesgos; pero abandonó al hombre a las miserias de la vida, dejándole desnudo e inerte como al desgraciado náufrago que acaba de ver sumergida su fortuna en el fondo de los mares. Nacemos y no sabemos siquiera buscar el pecho que ha de alimentarnos, no podemos sobrellevar las inclemencias del cielo, no nos es dado movernos por nosotros mismos, mientras no salgan los pies de su entorpecimiento. Empezamos esta miserable vida con el suspiro en nuestros labios y el llanto en nuestros ojos, presagio cierto de la infelicidad que nos apremia y de las desventuras que nos amenazan; seguimos, conforme a estos principios, privados de una infinidad de cosas, que no sólo no podemos proporcionarnos individualmente, sino que ni aún con el auxilio de un reducido número de gentes.

¿Cuántos artesanos y cuánta industria no son necesarias para cardar el lino, la seda y la lana, para hilarlas, para tejerlas, para transformarlas en las variadas telas con que cubrimos nuestras carnes? ¿Cuántos obreros para domar el hierro, forjar herramientas y armas, explotar las minas, fundir los metales, convertirlos en alhajas? ¿Cuántos, por fin, para la importación y la exportación de las mercancías,

el cultivo de los campos, el plantío de los árboles, la conducción de las aguas, la canalización de los ríos, el riego de los campos, la construcción de los puertos artificiales por medio de vastas moles de piedra, arrojadas en el seno de los mares, cosas todas que, cuando no son absolutamente necesarias, sirven para hacer más agradable y embellecer la vida? No nos es menos difícil procurarnos los medicamentos, con que hemos de curar nuestras enfermedades. ¡Cuántos remedios desconocidos de los antiguos no debemos ahora a la experiencia y al mayor conocimiento de la naturaleza! Procúranse los demás animales por su simple instinto los recursos de la vida, buscan escondrijos o cuevas donde vivan, cosas de que coman acomodadas a su naturaleza, yerbas que puedan remediar sus males; sólo nosotros nacemos rodeados de tanta oscuridad y tan gravísima ignorancia, que no podemos aprender nada sino a fuerza de tiempo, ni proporcionarnos sino a fuerza de tiempo las cosas de que más necesitamos. ¿Qué vida por larga que sea ha de bastar para que constituyamos una sola ciencia, si no tenemos antes recogidas las observaciones de muchos y los resultados que ha podido dar una larga experiencia? Hemos debido tomar lecciones hasta de los demás seres animados. Si hemos empleado el dictamo para extraer del cuerpo las saetas, lo hemos aprendido de la cabra montés, que usa de aquella yerba al sentirse herida por los dardos de los cazadores; si la celidonia para las cataratas, de la golondrina, que abre con este remedio a la luz los ojos de sus hijos; si el orégano, de la cigüeña; si la hiedra, del jabalí; si la lechuga silvestre, del dragón, que detiene sus náuseas con el jugo de esta planta.

Mas ¿para qué debo ya sacar a plaza tantos ejemplos?

Basta lo dicho para dejar completamente demostrado que el hombre necesita de ajeno auxilio y fuerzas, que con las suyas no puede siquiera procurarse una escasa parte de los recursos de su vida. Añádase ahora a esto lo débil que es su cuerpo para rechazar la fuerza exterior y evitar los atentados contra su existencia. La vida del hombre no estaba segura ni contra las muchas fieras que poblaban la Tierra cuando estaba ésta sin cultivo y no se había arrasado todavía ningún bosque; no lo estaba ni aun contra sus mismos semejantes, entre los cuales, fiando cada cual en sus propias fuerzas, se arrojaban contra las fortunas y la vida de los más débiles los que más podían, seres feroces y salvajes que aterraban o temían, según se sintiesen más o menos fuertes. Lo estaba mucho menos cuando asociados ya los que pretendían abusar de su superioridad física, se dejaban caer en cuadrilla contra los campos, los ganados y hasta las aldeas, cometiendo todo género de atropellos, llevándose todo y hasta encruelciéndose contra la vida de los que se atrevían a resistirles, situación por cierto, desgraciada y miserable. ¿Dónde podía encontrar entonces la inocencia y la pobreza un abrigo contra tantos latrocinios, saqueos y matanza?

Viendo pues los hombres que estaba su vida cercada constantemente de peligros y que ni aun los parientes se abstenían entre sí de violencias y de asesinatos empezaron los que se sentían oprimidos por los poderosos a asociarse y a fijar los ojos en el que parecía aventajarse a los demás por su lealtad y sus sentimientos de justicia, esperando que bajo el amparo de éste evitarían todo género de violencias

privadas y públicas, establecerían la igualdad, mantendrían sujetos por los lazos de unas mismas leyes a los inferiores y a los superiores, o los superiores y a los del estado medio. Derivaron de aquí, como es de suponer, las primeras sociedades constituidas y la dignidad real que no se obtenía en aquel tiempo con intrigas ni con dádivas, sino con la moderación, la honradez y otras virtudes manifiestas.

No debemos pues atribuir sino a la carencia de los cosas necesarias a la vida, y sobre todo al temor y conciencia de nuestra propia fragilidad, ya los derechos que nos constituyen hombres, ya esa sociedad civil en que gozamos de tantos bienes y de tan tranquila calma. Entre los demás animales reúnen también los más débiles y medrosos para defender su misma debilidad y pobreza, puestas así en común las fuerzas, que separadamente nada pueden. No van solos sino los leones, las panteras, los osos y estos porque aventajan en robustez y valor a los que podían ser sus enemigos. Es verdaderamente debido al puro instinto la formación de las sociedades; y gracias a ella el hombre, que en un principio se veía privado de todo sin tener siquiera armas con que defenderse ni apoyo a que arrimarse, está hoy rodeado de bienes, reuniendo él solo mayores recursos que los de todos los demás animales que desde su origen parecían haber recibido medios de conservación y de defensa. Neciamente pues acusan algunos a la naturaleza de que, no ya como madre, sino como madrastra del linaje humano, al paso que colmó de bienes a los demás seres animados, creó débil y pobre al hombre para que sirviera, ya a sus semejantes, ya a las fieras de presa y de juguete. Con no menos razón y no sin merecer las notas de

impíos acusan otros a la divina Providencia quejándose, ora de que todo acontezca en la Tierra sin orden ni dirección alguna, ora de que precisamente el ser más noble lleve la más desgraciada vida careciendo de cuanto pueda hacerla más agradable escudarla. Cabalmente esos motivos de acusación contra la Providencia y la naturaleza son los que más hacen resaltar el poder y la divinidad de entrambas. Si hubiese tenido el hombre fuerzas suficientes para vencer los peligros y no debido apelar a las ajenas ¿habría habido nunca sociedad? ¿Habría habido ese respeto mutuo que constituye la tranquilidad de nuestra existencia? ¿Habría habido orden; habría habido la buena fe necesaria en los contratos, habría habido por fin hombres? Nada hay ahora mejor ni más apreciable que el hombre corregido y llamado a la moderación por la fuerza de la disciplina, sujeto por las leyes, y sobre todo, por un poder superior, contra cuya acción es impotente. ¿Qué empero habría más cruel ni bárbaro que él sino le detuvieran las prescripciones del derecho y los fallos de los tribunales? ¿Habría acaso fieras que causasen tanto estrago? Es violentísima la injusticia cuando armada. Nacieron así de nuestra propia debilidad la sociedad; los sentimientos de humanidad y las más santas leyes, bienes todos divinos, con los cuales hemos podido embellecer y asegurar la vida; y es indudable que todo el ser del hombre depende principalmente de haber nacido frágil y desnudo, es decir, que haber necesitado de los demás para alimentarse y defenderse.